

Heinrich Zimmer

Mitos y símbolos
de la India

Edición a cargo de
Joseph Campbell

Traducción de
Francisco Torres Oliver

Índice

Prólogo

Joseph Campbell 9

Mitos y símbolos de la India

I. Eternidad y tiempo	13
El Desfile de las Hormigas	13
La rueda del renacimiento	21
La sabiduría de la vida	28
II. Mitología de Viṣṇu	33
La Māyā de Viṣṇu	33
Las aguas de la existencia	36
Las aguas de la no-existencia	44
La Māyā en el arte indio	60
III. Los guardianes de la vida	65
La serpiente, sostenedora de Viṣṇu y del Buda	65
Las divinidades y sus vehículos	73
La serpiente y el pájaro	77
Viṣṇu como vencedor de la serpiente	81
El loto	93
El elefante	104
Los ríos sagrados	110

IV. El deleite cósmico de Śiva	123
La «forma fundamental» y las «manifestaciones alegres»	123
El fenómeno de la forma en expansión	128
Śiva-Śakti	135
El Gran Señor	144
La danza de Śiva	147
El Rostro de Gloria	168
El Destructor de las Tres Ciudades	176
V. La Diosa	179
El origen de la Diosa	179
La Isla de las Joyas	186
VI. Conclusión	205
Notas	211
Índice analítico	225
Ilustraciones	

Prólogo

La muerte de Heinrich Zimmer (1890-1943) a los dos años de su llegada a Estados Unidos, a causa de una súbita pulmonía, supuso una gran pérdida. Estaba en los comienzos de lo que habría sido el periodo más fecundo de su carrera. Ha dejado dos cajones repletos de notas y documentos que atestiguan la rápida maduración de sus proyectos. Tenía más o menos mecanografiadas y ordenadas las conferencias que había estado dando en la Universidad de Columbia, para convertirlas en libro; había completado medio volumen sobre medicina hindú; había esbozado una introducción al estudio del sánscrito; había empezado una obra de divulgación sobre mitología. Insertos entre las páginas de su biblioteca y de sus ficheros había papeles garabateados en alemán, inglés, sánscrito y francés sugiriendo artículos que escribir, trabajos de investigación que realizar, incluso visitas que efectuar a determinados lugares de la India en cuanto acabara la guerra. Se había adaptado con rapidez al modo de vida de su nuevo país y estaba deseoso de contribuir al incremento de su patrimonio intelectual. Pero apenas había acabado de encontrar su ritmo, enfermó de repente y falleció a los siete días.

Inmediatamente, emprendimos la tarea de rescatar del olvido el mayor número posible de sus trabajos interrumpidos. *Mitos y símbolos de la India* es una reelaboración del curso que dio en la Universidad de Columbia durante el invierno de 1942. Las notas mecanografiadas las había complementado en clase con ampliaciones improvisadas, y las había ilustrado con más de doscientas diapositivas. Transformar todo esto en libro ha supuesto recomponer, reordenar, resumir y ampliar de manera importante. Gran parte del material utilizado para esta reconstrucción lo ha propor-

cionado el recuerdo de conversaciones con el doctor Zimmer. Cuando ha faltado esa ayuda, he acudido a las autoridades más reconocidas.

El doctor Ananda K. Coomaraswamy me ha facilitado amablemente varias notas adicionales para completar la obra. Dichas notas van entre corchetes y firmadas con sus iniciales, AKC; sin duda habrían merecido la aprobación del doctor Zimmer. Agradezco asimismo al doctor Coomaraswamy la ilustración de la figura 33, y sus múltiples correcciones al texto.

Como el doctor Zimmer no necesitaba llenar sus escritos personales de notas, referencias y fichas bibliográficas, imprescindibles en la publicación de un libro, averiguar la procedencia de los numerosos mitos e ilustraciones ha sido una tarea complicada. Quiero dar las gracias a la doctora Marguerite Block, de la Universidad de Columbia, por haberme ayudado a seleccionar, ordenar e identificar las ilustraciones, y haber leído el primer borrador del manuscrito; al doctor Nasli Heeramaneck y su esposa, por haber hecho posible que averiguara la procedencia de muchas fotografías; al doctor David Friedman, anteriormente de la Universidad de Leiden, por haberme dirigido con sus sugerencias a los originales sánscritos de varios mitos; y a la señora Peter Geiger, que ha realizado gran parte del trabajo de investigación, ha trabajado en el manuscrito y las pruebas, y se ha encargado de un sinnúmero de detalles engorrosos. Swami Nikhilananda ha puesto su biblioteca a nuestra disposición y nos ha ayudado con sus consejos. La señora Margaret Wing ha revisado los dos últimos borradores del manuscrito, ha preparado el índice y ha echado una mano en las pruebas. Sin la generosa cooperación de todos estos amigos, este trabajo no se habría llevado a cabo.

Joseph Campbell

Nueva York, 28 de octubre de 1945

Mitos y símbolos
de la India

Eternidad y tiempo

El Desfile de las Hormigas

Indra mató al dragón, titán gigantesco que se ocultaba en las montañas en forma de nube serpiente y retenía cautivas en su vientre las aguas del cielo. El dios arrojó un rayo al centro de sus pesados anillos, y el monstruo saltó en pedazos como un montón de juncos secos. Se liberaron las aguas, y se desparramaron en franjas sobre la tierra para correr de nuevo por el cuerpo del mundo.

Este diluvio es el diluvio de la vida y pertenece a todos. Es la savia del campo y del bosque, la sangre que circula por las venas. El monstruo se había apropiado del bien común, hinchando su cuerpo egoísta y codicioso entre el cielo y la tierra; pero ahora ha muerto. Han vuelto a manar los jugos. Los titanes se han retirado al submundo; los dioses han vuelto a la cima de la montaña central de la tierra para reinar desde las alturas.

Durante el periodo de supremacía del dragón se habían ido agrietando y desmoronando las mansiones de la excelsa ciudad de los dioses. Lo primero que hizo Indra ahora fue reconstruirlas. Todas las divinidades del cielo lo aclamaron como su salvador. Llevado de su triunfo, y consciente de su fuerza, llamó a Víśvakarman, dios de los oficios y las artes, y le ordenó que erigiese un palacio digno del inigualable esplendor del rey de los dioses.

Víśvakarman, genio milagroso, logró construir en un solo año una espléndida residencia, con palacios y jardines, lagos y torres. Pero a medida que avanzaba su trabajo, las demandas de Indra se volvían más exigentes y las visiones que revelaba más vastas. Pedía terrazas y pabellones

adicionales, más estanques, más arboledas y parques. Cada vez que Indra se acercaba a elogiar los trabajos, daba a conocer visiones tras visiones de maravillas que aún quedaban por realizar. Así que el divino artesano, desesperado, decidió pedir auxilio arriba, y acudió a Brahmā, creador demiurgo, encarnación primera del Espíritu Universal que habita muy arriba, lejos de la tumultuosa esfera olímpica de la ambición, la lucha y la gloria.

Cuando Viśvakarman se presentó en secreto ante el altísimo trono y expuso su caso, Brahmā consoló al solicitante.

—Pronto serás liberado de esa carga —dijo—. Vete en paz.

Acto seguido, mientras Viśvakarman bajaba presuroso a la ciudad de Indra, subió Brahmā a una esfera aún más alta. Se presentó ante Viṣṇu, el Ser Supremo, de quien él mismo, Creador, era mero agente. Viṣṇu escuchó con beatífico silencio, y con un mero gesto de cabeza le hizo saber que la petición de Viśvakarman sería satisfecha.

A la mañana siguiente apareció ante las puertas de Indra un jovenísimo brahmán con el bastón de peregrino, y pidió al guardián que anunciase su visita al rey. El centinela corrió a avisar a su señor, y éste acudió a recibir en persona al auspicioso huésped. Era un niño delgado, de unos diez años, resplandeciente de sabiduría. Indra lo descubrió entre la multitud de chicos que miraban embelesados. El niño saludó al anfitrión con una mirada dulce de sus ojos negros y brillantes. El rey inclinó la cabeza ante el niño santo, y el niño le dio alegre su bendición. Se retiraron los dos al gran salón de Indra, y allí el dios dio ceremoniosamente la bienvenida a su invitado, con ofrendas de miel, leche y frutos. Y dijo a continuación:

—¡Oh, venerable niño, dime el objeto de tu visita!

El hermoso niño contestó con una voz que era profunda y suave como el trueno lento de las nubes prometedoras de lluvia:

—¡Oh, Rey de los dioses, he oído hablar del poderoso palacio que estás construyendo, y he venido a exponerte las preguntas que me

vienen a la cabeza. ¿Cuántos años harán falta para completar esta rica e inmensa residencia? ¿Qué nuevas proezas de ingeniería se prevé que lleve a cabo Viśvakarman? ¡Oh, el más Alto de los Dioses –el semblante del niño luminoso esbozó una sonrisa bondadosa, apenas perceptible–, ningún Indra anterior ha conseguido completar un palacio como el que va a ser el tuyo!

Embriagado de triunfo, al rey de los dioses le divirtió la pretensión de este niño de saber sobre los Indras anteriores a él. Con una sonrisa paternal, le preguntó:

–Dime, criatura, ¿has visto tú muchos Indras y Viśvakarmans... o has oído hablar siquiera de ellos?

El maravilloso huésped asintió con aplomo.

–Desde luego; he visto muchos –su voz era cálida y dulce como la leche de vaca recién ordeñada; pero sus palabras hicieron correr un frío lento por las venas de Indra–. Hijo mío –prosiguió el niño–, yo he conocido a tu padre Kāśyapa, el Anciano Tortuga, señor y progenitor de todos los seres de la tierra. Y he conocido a tu abuelo Marīci, Rayo de Luz Celestial, hijo de Brahmā. Marīci fue engendrado por el espíritu puro del dios Brahmā; su riqueza y su gloria fueron su santidad y su devoción. Y también conozco a Brahmā, al que Viṣṇu hace salir del cáliz del loto nacido de su ombligo. Y al propio Viṣṇu, el Ser Supremo que sostiene a Brahmā en su labor creadora, lo conozco también.

»Oh, Rey de los Dioses, yo he conocido la disolución espantosa del universo. He visto perecer a todos una y otra vez, al final de cada ciclo, momento terrible en que cada átomo se disuelve en las aguas puras y primordiales de la eternidad de donde habían salido originalmente. Así, pues, todo regresa a la infinitud insondable y turbulenta del océano cubierto de absoluta negrura y vacío de todo vestigio de seres animados. Ah, ¿quién puede calcular los universos que han desaparecido o las creaciones que han surgido, una y otra vez, del abismo informe de las aguas inmensas? ¿Quién contar los siglos efímeros del mundo según se van su-

cediendo interminablemente? ¿Y quién enumerar los universos que hay en la infinita inmensidad del espacio, cada uno con su Brahmā, su Viṣṇu y su Śiva? ¿Quién decir los Indras que hay en ellos, los Indras que reinan a la vez en los innumerables mundos, los que desaparecieron antes de que éstos surgieran, y los que se suceden en cada línea, remontándose a la divina realeza, uno tras otro, y, uno tras otro, desapareciendo? Oh, Rey de los Dioses, hay entre tus siervos quien sostiene que es posible contar los granos de la arena que hay en la tierra y las gotas de la lluvia que cae del cielo, pero que jamás pondrá nadie número a todos esos Indras. Eso es lo que saben los Sabios.

»La vida y reinado de un Indra dura setenta y un eones; y cuando han expirado veintiocho Indras, ha transcurrido un Día y una Noche de Brahmā. Pero la existencia de un Brahmā, medida en Días y Noches de Brahmā, es sólo de ciento ocho años. Brahmā sucede a Brahmā; desaparece uno y surge el siguiente; no se pueden contar sus series interminables. El número de Brahmās no tiene fin... por no hablar del de Indras.

»Pero ¿quién puede calcular el número de universos que hay en un momento dado, cada uno albergando un Brahmā y un Indra? Más allá de la visión más lejana, apretujándose en el espacio exterior, los universos vienen y se van, formando una hueste interminable. Como naves delicadas, flotan en las aguas insondables y puras que son el cuerpo de Viṣṇu. De cada poro de ese cuerpo borbotea e irrumpe un universo. ¿Puedes tú presumir de contarlos? ¿Puedes contar los dioses de todos esos mundos... de los mundos presentes y pasados?»

Una procesión de hormigas había hecho su aparición en la sala durante el discurso del niño. En orden militar, formando una columna de cuatro metros de anchura, la tribu avanzaba por el suelo. El niño reparó en ellas; calló y se quedó observándolas; luego soltó una asombrosa carcajada, pero acto seguido se abismó en mudo y pensativo silencio.

—¿De qué te ríes? —tartamudeó Indra—. ¿Quién eres tú, ser misterioso, bajo esa engañosa apariencia de niño? —el orgulloso rey sentía secos los

labios y la garganta; y su voz siguió repitiendo entrecortada—: ¿Quién eres tú, Océano de Virtudes, envuelto en bruma ilusoria?

El asombroso niño prosiguió:

—Me han hecho reír las hormigas. No puedo decir el motivo. No me pidas que lo desvele. Ese secreto encierra la semilla del dolor y el fruto de la sabiduría. Es el secreto que abate con un hacha el árbol de la vanidad mundana, y corta sus raíces y desmocha su copa. Ese secreto es una lámpara para los que andan a tientas a causa de la ignorancia. Ese secreto se halla enterrado en la sabiduría de los siglos y rara vez se revela siquiera a los santos. Ese secreto es el aire vital de los ascetas que renuncian a la existencia mortal y la trascienden; pero a las personas mundanas, engañadas por el deseo y el orgullo, las destruye.

El niño sonrió y se quedó callado. Indra le miró, incapaz de moverse.

—¡Oh, hijo de brahmán —suplicó el rey a continuación, con nueva y visible humildad—, no sé quién eres. Pareces la encarnación de la Sabiduría. Revélame ese secreto de los tiempos, esa luz que disipa las tinieblas.

Requerido de este modo, el niño enseñó al dios la oculta sabiduría:

—He visto, oh Indra, cómo desfilan las hormigas en larga procesión. Cada una fue un Indra en otro tiempo. Al igual que tú, cada uno, en virtud de piadosas acciones pasadas, ascendió al rango de rey de los dioses. Pero ahora, tras multitud de renacimientos, cada uno se ha convertido otra vez en hormiga. Ese ejército es un ejército de antiguos Indras.

»La piedad y las acciones sublimes elevan a los habitantes del mundo al reino glorioso de las mansiones celestiales, o a los dominios superiores de Brahmā y de Śiva, y a la esfera más alta de Viṣṇu; pero las acciones reprobables los hunden en mundos inferiores, en abismos de sufrimiento y dolor que implican la reencarnación en pájaros o sabandijas, o renacer del vientre de cerdos y de animales salvajes, o entre los árboles o los insectos. Por sus acciones merece uno la felicidad o el sufrimiento, y se convierte en esclavo o en señor. Por sus acciones alcanza uno el rango de rey o de brahmán, o de algún dios, o de un Indra o un Brahmā. Y merced a sus

acciones, además, contrae enfermedades, adquiere belleza o deformidad, o vuelve a nacer en la condición de monstruo.

»Ésa es la sustancia del secreto. Ésa es la sabiduría que, surcando el océano del infierno, conduce a la beatitud.

»La vida en el ciclo de los innumerables renacimientos es como la visión de un sueño. Los dioses de las alturas, los árboles mudos y las piedras, son otras tantas apariciones de esta fantasía. Pero la Muerte administra la ley del tiempo. A las órdenes del tiempo, la Muerte es señora de todos. Perecederos como burbujas son los seres buenos y los seres malos de ese sueño. El bien y el mal se alternan en ciclos interminables. De ahí que los sabios no se aten al bien ni al mal. Los sabios no se atan a nada en absoluto.»

El niño concluyó la lección sobrecogedora y miró a su anfitrión en silencio. El rey de los dioses, a pesar de su esplendor celestial, se había reducido ante sí mismo a la insignificancia. Entretanto, otra asombrosa aparición había entrado en el salón.

El recién llegado tenía aspecto de ermitaño. Un moño espeso le coronaba la cabeza; llevaba una gamuza negra atada a la cintura; en la frente tenía pintada una marca blanca; se protegía la cabeza con un mísero quitasol de yerba, y en el pecho le nacía un extraño y espeso mechón: estaba intacto en la circunferencia, pero del centro le habían desaparecido muchos pelos al parecer. Este personaje santo fue directamente a Indra, y el niño se sentó entre los dos, donde permaneció inmóvil como una roca. El majestuoso Indra, recobrando de algún modo su papel de anfitrión, le saludó con una inclinación de cabeza, le rindió homenaje, y le ofreció leche agria y miel como refrigerio; luego titubeante, aunque reverente, preguntó a su austero huésped por su salud. Tras lo cual el niño se dirigió al hombre santo, haciéndole las mismas preguntas que el propio Indra le habría formulado.

—¿De dónde vienes, oh Hombre Santo? ¿Cómo te llamas y qué te trae a este lugar? ¿Dónde está tu actual hogar y cuál es el significado de este quitasol de yerba? ¿Qué prodigio es ése del mechón circular que tienes

en el pecho: por qué es tan espeso en la circunferencia pero en el centro está casi pelado? Ten la bondad, oh Hombre Santo, de responder brevemente a estas preguntas. Estoy deseoso de comprender.

El santo anciano sonrió con paciencia; y empezó lentamente:

—Soy brahmán. Me llamo Velloso. Y he venido aquí a advertir a Indra. Como sé que mi vida es breve, he decidido no tener hogar, ni construirme casa ninguna, ni casarme, ni procurarme sustento. Vivo de las limosnas. Para protegerme del sol y de la lluvia llevo sobre mi cabeza este quitasol de yerba.

»En cuanto al rodal de pelo que tengo en el pecho, es fuente de aflicción para los hijos del mundo. Sin embargo, enseña sabiduría. Por cada Indra que muere se me cae un pelo. Por eso en el centro me ha desaparecido todo el vello. Cuando expire la otra mitad del periodo asignado al Brahmā actual, yo mismo moriré. Oh, niño brahmán, se supone que mis días son escasos; así que, ¿para qué tener esposa, hijo ni casa?

»Cada parpadeo del gran Viṣṇu señala el paso de un Brahmā. Todo cuanto hay por debajo de esa esfera de Brahmā es inconsistente como la nube que adopta una forma y se deshace a continuación. Por eso me dedico sólo a meditar sobre los incomparables pies de loto del altísimo Viṣṇu. La fe en Viṣṇu es más que la dicha de la redención; porque toda alegría, incluso la celestial, es frágil como un sueño, y no hace sino estorbar la concentración de nuestra fe en el Ser Supremo.

»Śiva, dador de paz, altísimo guía espiritual, me ha enseñado esta sabiduría maravillosa. No ansío experimentar las diversas formas de redención, ni compartir las mansiones excelsas del altísimo y gozar de su eterna presencia, o ser como él en cuerpo y atavío, o convertirme en parte de su augusta sustancia, o incluso diluirme enteramente en su esencia inefable.»

De repente, el hombre santo calló y desapareció. Había sido el propio dios Śiva; ahora había regresado a su morada supramundana. Simultáneamente, el niño brahmán, que era Viṣṇu, desapareció también. El rey se quedó solo, desconcertado y perplejo.

Indra, el rey, reflexionó; y le pareció que estos sucesos habían sido un sueño. Pero ya no sintió deseo ninguno de aumentar su esplendor celestial ni de continuar la construcción de su palacio. Llamó a Viśvakarman. Y acogiendo amablemente al artífice con palabras halagadoras, lo cubrió de joyas y regalos preciosos, y lo mandó a su casa tras una suntuosa despedida.

Indra, el rey, deseó ahora alcanzar la redención. Había adquirido sabiduría, y sólo quería ser libre. Confió la pompa y el peso de su oficio a su hijo, y se dispuso a retirarse al desierto y abrazar la vida de ermitaño. Al enterarse su hermosa y apasionada reina, Śacī, se sintió traspasada de dolor.

Llorando de pena y de absoluta desesperación, Śacī acudió a Bṛhaspati, ingenioso sacerdote, consejero espiritual de la casa de Indra, y Señor de la Sabiduría Mágica. Postrándose a sus pies, Śacī le suplicó que apartase del ánimo de su esposo tan severa resolución. El hábil consejero de los dioses, que con sus ardides y encantos había ayudado a los poderes celestiales a arrancar el gobierno del universo de las manos de sus rivales los titanes, escuchó meditabundo la queja de la voluptuosa y desconsolada diosa, y asintió con sagacidad. Con sonrisa de mago, la cogió de la mano y la condujo a la presencia de su esposo. Allí, en su papel de maestro espiritual, disertó sabiamente sobre las virtudes de la vida espiritual, pero también de las virtudes de la secular. De una y de otra dijo lo que era de justicia. Desarrolló muy hábilmente su discurso; convenció al real discípulo para que moderase su extrema resolución, y devolvió a la reina su radiante alegría.

Este Señor de la Sabiduría Mágica había compuesto en otro tiempo un tratado sobre el gobierno, a fin de enseñar a Indra a gobernar el mundo. Ahora escribió una segunda obra, un tratado sobre política y ardides del amor conyugal. Demostrando el dulce arte siempre nuevo del galanteo, y encadenando al amado con lazos duraderos, su inestimable libro proporcionó sólidos cimientos a la vida conyugal de la pareja reunida.